



4

El Evangelio de la Felicidad

Vamos a iniciar una larga andadura, un camino fascinante a través de dos claves fundamentales para entender lo que es la luz a partir de la cual podemos comprender nuestra vida cristiana. Dos palabras: “**Felicidad**” y “**Bendición**”. Y a partir de ahí desarrollar lo que es el núcleo de la vida cristiana con el *evangelio de la felicidad* y el *evangelio de la bendición*.

Redescubrir el tema fundamental de la **felicidad** es clave para entender el sentido de nuestra vida y cómo tenemos que enfocar esa realidad, el camino que tenemos que recorrer.

San Pablo en la primera carta a Timoteo capítulo 1, versículo 11, habla de cómo hay que propagar la sana doctrina “según el evangelio de la gloria del Dios feliz, que se me ha confiado”. Este es el evangelio que dice san Pablo que Dios le ha confiado: **el evangelio de la gloria del Dios feliz**.

Hablar de la felicidad es ante todo hablar del Dios que quiere compartir e irradiar la felicidad. Vamos a escuchar lo que nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica en su primer número. Las primeras palabras del Catecismo son para hablar de Dios, la felicidad y la vida del hombre.

Texto (CIgC 1) —————

«Dios, infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para hacerle partícipe de su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, se hace cercano al hombre: le llama y le ayuda a buscarle, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas.»

«*Dios infinito, perfecto y feliz en sí mismo*»: Dios mismo es la felicidad, por eso el primer anuncio del evangelio de la felicidad es caer en la cuenta de que no buscamos una cosa irreal, que no estamos proyectando un deseo, sino que estamos intuyendo, anhelando a Alguien que existe y que se nos quiere comunicar.

Y ese Dios que es feliz es Trinidad de personas: es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en una vida perfecta e infinita de amor. Y en su designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para hacerle partícipe de su vida feliz.

Dios quiere compartir lo que Él es y lo que Él vive y este es el sentido de nuestra vida. Por eso existimos, por eso hemos sido creados: no porque le falte algo a Dios, pues a Dios no le falta nada, sino porque Dios ha querido irradiar y compartir su infinita felicidad. De ahí viene el proyecto, la decisión de crearnos, y así nace, surge el hombre, amado y querido por Dios con un fin: participar de su propia vida divina.

Pero —¡atención!— en esta decisión Dios se compromete a sí mismo, no es algo ajeno a Él, sino que, cuando Dios quiere compartir su felicidad, quiere compartirse a sí mismo, por eso **Dios se compromete en su propia decisión**, la decisión que Dios ha tomado de crearnos le compromete totalmente. Dios se compromete en lo que ha decidido hacer.

Esto significa que Dios quiere hacernos parte de sí mismo y por eso a partir de este momento nada de lo que somos y vivimos le es indiferente a Dios. Él nos vive como parte de sí. Todo lo que soy, todo lo que vivo le afecta a Él.

De aquí que descubrimos algo maravilloso: Dios no nos ha creado para arrojarnos a la existencia, no. Dios nos ha creado para ser felices y sin Él nunca podremos alcanzarla, por eso la vida de Dios es un continuo trabajo para buscar la salvación y felicidad del hombre, alcanzar la felicidad para la que ha sido creado, que es Dios mismo. Entrar en la vida de la Trinidad, que es la vida de amor.

Volvemos a escuchar (CIgC, 1): “en todo tiempo y en todo lugar, **Dios se hace cercano al hombre: le llama y le ayuda a buscarle, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas**”. Podríamos expresarlo con una imagen para entendernos: la vida de Dios es un constante trabajar para que yo sea feliz, para que encontremos el camino de la felicidad y recorriéndolo lleguemos a alcanzarla.

Piensa un poquito en tu vida, porque no hay un solo instante donde Dios no viva así, presente junto a ti, Él es el que está siempre con nosotros. «**Yo estoy contigo**», cuántas veces se repite esta palabra en la Escritura. Son las últimas palabras del Señor en el evangelio de san Mateo: «**Yo estoy con vosotros**», llama, habla, dialoga y ayuda, Él actúa en todo momento, **es la fuerza y la acción de su gracia sin la que no podemos nada**, pero con la que contamos en todo momento.

Presencia,	Palabra,	Acción
{se hace cercano}	{llama}	{ayuda}

Y esa acción nos invita a salir de nosotros mismos y a estar viviendo en su presencia, a dialogar con Él, a buscarle, a conocerle y amarle.

Escuchemos las palabras que nos dice el Catecismo en el número 30:

Texto (CIgC 30) _____

«Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la felicidad».

Dios no cesa de estar presente junto a ti. Demos gloria a un Dios tan bueno, a un Dios que vive así, en un constante trabajo para que alcancemos nuestra felicidad.

Y Dios ha puesto esta vocación en el corazón del hombre: el anhelo de felicidad, del que todos tenemos experiencia como algo muy nuestro, no es casualidad: es la marca, el sello que ha dejado Dios en el corazón del hombre de que estamos hechos para Él. El deseo de felicidad es deseo de participar de la vida de Dios.

Escuchamos nuevamente lo que nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica en el número 1718:

Texto (CIgC 1718) _____

«El deseo natural de felicidad es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer».

Ahora descubres algo maravilloso: cuando tú sientes en tu corazón ese deseo de plenitud, descubres a Dios mismo que te está llamando hacia Él; tu deseo de ser feliz es el tirón de Dios que te atrae; tú experimentas solo una parte, que es el anhelo, el deseo, pero hay otra parte, que es la de Aquel que te lo va a colmar y saciar. Por eso, sintiendo lo que sientes, es Dios mismo el que está haciéndote entender: «**¡ven a mí, que yo te llene!**». Sí, **nuestro deseo natural de felicidad es deseo de Dios.**

El Compendio del Catecismo se pregunta en el número 2:

Texto (Compendio CIgC 2) _____

«¿Por qué late en el hombre el deseo de Dios?».

Y he aquí su respuesta:

«Dios mismo al crear al hombre a su propia imagen inscribió en el corazón de este el deseo de verlo, aunque el hombre a menudo ignore tal deseo Dios no cesa de atraerlo hacia sí para que viva y encuentre en Él aquella plenitud de verdad y felicidad a la que aspira sin descanso».

Por eso este deseo nos acompaña siempre, porque es una sola cosa con nuestro ser, está en lo más profundo de nuestro corazón y es lo que nos marca de una manera más honda. Aunque intentemos ignorarlo o intentemos reconducirlo por otros lados, Dios no cesa de recordarnos que solo Él puede colmar la plenitud a la que aspiramos.

Por eso el trabajo de Dios en nosotros es evangelizarnos, redescubrirnos nuestra propia verdad. Escuchamos lo que nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica en el número 1721: Dios nos llama a su propia vida bienaventurada.

Texto (CIgC 1721) _____

«Dios nos ha puesto en el mundo para conocerle, servirle y amarle, y así ir al cielo. La bienaventuranza nos hace participar de la naturaleza divina y de la Vida eterna. Con ella, el hombre entra en la gloria de Cristo y en el gozo de la vida trinitaria.».

La Bienaventuranza, es decir, la felicidad plena nos hace participar del ser de Dios, de la vida divina. En el cielo el hombre entra en la gloria de Cristo y en el gozo de la vida trinitaria.

Esas palabras que dice el Señor en el evangelio: **«entra en el gozo de tu Señor»**, esas palabras serán dichas en el momento en que el hombre entra en el cielo.

Veamos lo que nos dice el número siguiente del Catecismo:

Texto (CIgC 1722) _____

«Semejante bienaventuranza supera la inteligencia y las solas fuerzas humanas. Es fruto del don gratuito de Dios. Por eso la llamamos sobrenatural, así como también llamamos sobrenatural la gracia que dispone al hombre a entrar en el gozo divino».

Toda la felicidad que anhelan los hombres, lo sepan o no, es una felicidad que conlleva una paradoja. Esta felicidad es para nosotros, hemos sido hechos para ella, pero por otro lado nos supera, no la podemos alcanzar por nuestras propias fuerzas. Es “sobrenatural”, es decir, está más allá de las capacidades del ser creado, es divina.

Y al ser sobrenatural es por don gratuito de Dios, es decir, yo estoy hecho para una felicidad que yo no puedo conseguir ni conquistar por mí mismo, sino que solo alcanzaré recibéndola como un don, como un regalo.

Y es don no solo alcanzarla, sino el camino por el cual llego hasta ella –¡qué importante es esto!–. Esta es la paradoja de nuestra vida: estamos llamados a algo que es real, la felicidad existe y es Dios mismo; pero, precisamente porque es Dios mismo, el hombre no puede alcanzarla si Dios no se da, la felicidad es un don que se nos ofrece. Esto es para nosotros es un gran consuelo.

Por otro lado, el deseo de felicidad, que es una sed de todos, no es una ilusión, no es una quimera, no es un sueño en el sentido de algo irreal, algo que sería maravilloso y precioso pero que en el fondo sería una desgracia y una frustración porque el hombre viviría como pendiente y deseoso de algo irreal, ¡no! **La felicidad existe.** La clave primera para entender cómo seremos felices es **participar de lo que ya existe.** No es cuestión de inventársela, de construirla, de fraguarla, es cuestión de participar de ella.

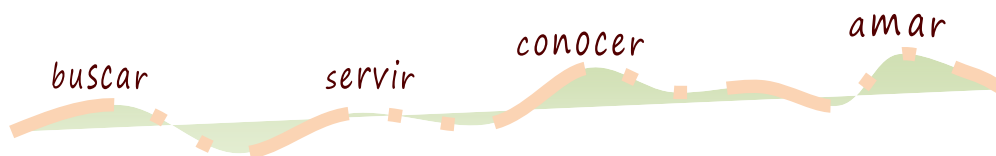
Y si existiera pero no pudiéramos alcanzarla seríamos también sumamente desgraciados, pero no es así. Porque existiendo la felicidad, que es Dios mismo, está sedienta de compartirla, de comunicarse, de darse, por eso esta es la gran clave para nosotros: llamados a la felicidad, **es un don y una tarea.**

Un don, porque es algo que existe que se nos tiene que dar, que se nos regala gratuitamente por amor, pero es **una tarea** porque no se nos impone, porque el hombre tiene que comprometerse totalmente para poder alcanzarla.

De aquí, **por qué Dios,** como hemos escuchado en el número 1 del Catecismo de la Iglesia Católica, **se hace cercano, llama y ayuda al hombre a buscarle, a conocerle y a amarle. Para poder ser felices hay que buscar, conocer y amar a Dios.**

Conocer y amar a Dios será para toda la eternidad. El camino en la tierra es buscar a Dios, encontrar a Dios. Y de plenitud en plenitud, de encuentro en encuentro ir creciendo hasta alcanzar la verdadera plenitud en Dios.

Nos ha dicho el número 1721: Dios nos ha puesto en el mundo para conocerle, servirle y amarle y así ir al cielo. **El camino es buscar, servir, conocer y amar,** y así ir al cielo.



Este es el verdadero sentido, principio y fundamento de la vida cristiana: hay que buscar a Dios. Pero para llegar a esa felicidad, que es Dios mismo, hay que servirle, es decir, dejarse conducir dócilmente por Él como un niño. Servir a Dios es abandonarse en sus manos, es acoger su palabra.

El centro de la vida del hombre es la unión con Dios; por eso la primera tarea fundamental que debe iluminar la vida de cualquier hombre y mujer de este mundo es buscar la unión con Dios.

Escuchamos lo que nos dice el 1723 del Catecismo:

Texto (CIgC 1723) _____

«La bienaventuranza prometida nos coloca ante opciones morales decisivas. Nos invita a purificar nuestro corazón de sus malvados instintos y a buscar el amor de Dios por encima de todo. Nos enseña que la verdadera felicidad no reside ni en la riqueza o el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas y las artes, ni en ninguna criatura, sino sólo en Dios, fuente de todo bien y de todo amor».

El evangelio de la felicidad nos lo anuncia hoy el Señor al corazón: *«tú existes porque yo soy feliz, y soy tan feliz que no he querido guardar mi felicidad para mí, la quiero compartir contigo. Por eso trabajo en todo momento para que tú seas feliz, estoy en todo momento presente para ayudarte, para que me encuentres, para que me conozcas, para que me ames».*

El *cristianismo* es un sí, el sí de Dios al hombre y es la respuesta del hombre a ese sí de Dios; es *evangelio de la felicidad*. “Gracias, Dios mío, porque me has hecho para colmarme de tu propia felicidad”. Pero significa también que **el evangelio de la felicidad es conversión y esperanza**.

Hablar de la felicidad es una **llamada urgente a la conversión**, porque los hombres, que llevamos la herida del pecado, hemos perdido el rumbo y, aunque todos en el fondo, en lo que elegimos y hacemos, tratamos de encontrar la felicidad, una cosa es lo que intentamos hacer y otra cosa es lo que, de hecho, hacemos, porque la felicidad no está en lo que uno quiere o decide, sino en Dios y en lo que es conforme a Dios.

De aquí que la conversión que necesitamos es descubrir cómo tenemos que salir de la idolatría de las criaturas, de la falsificación de la libertad y del egoísmo y egocentrismo en el que vivimos, pues los hombres vivimos muchas veces vueltos a las criaturas y las tenemos como si fueran dios, nos volvemos a ellas esperando que nos den lo que solo Dios nos puede dar, y así corrompemos en nuestro trato lo que es bueno.

Todas las criaturas son buenas, las ha hecho Dios, pero siempre y cuando las vivamos en Dios y con el sentido que Dios nos las ha dado. Por eso, el hombre acaba frustrado cuando centra su corazón y aspira a ser feliz esperando que las criaturas le llenen y le colmen: esto es la idolatría.

Sálvanos, Señor, de todo esto. Hay que salir de la falsificación de la libertad. Muchas veces y especialmente en nuestros tiempos parece que la clave de todo consiste en que uno pueda hacer lo que quiere —«*si puedo hacer lo quiero ¡ya está!, ya he conseguido la situación de felicidad*»—.

Y por eso no se admite ningún principio, ningún criterio, ninguna norma, ningún mandato fuera de mi propia libertad —«*¡yo tengo derecho de hacer lo que quiero!*»—. **Pero la libertad es medio, no es fin**. Uno no es feliz por hacer algo libremente, sino que **uno será feliz dependiendo de lo que elija**, de aquí la falacia que vivimos hoy. Hoy, donde muchas veces se vive simplemente afirmando que se tiene que tener plena libertad para hacer lo que se quiera, pero si la libertad nos ha sido dada para poder ser feliz, para elegir el bien, para alcanzar la plenitud, Dios nos tiene que sacar de la falsedad del egoísmo.

Lo que siente el hombre, lo que vive, lo que aprecia, lo que entiende no es el último criterio de las cosas. Hoy vivimos con un único objetivo: *bienestar*, estar bien, sentirse bien, sentirse satisfecho; el hombre hace de lo que siente el único criterio de las cosas, y no es así, porque **la felicidad supone en el hombre una transformación profunda**. Además, desde el pecado el hombre necesita una honda purificación para poder alcanzar la plenitud. Por otra parte, la felicidad solo se alcanza cuando uno sale de sí mismo; no podemos ser felices dándonos vueltas a nosotros mismos: «*quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí la encontrará*», dice el Señor (Mt 16, 25).

Solo amando y dándonos a Dios y a los demás encontraremos en el amor la felicidad verdadera. **¡Qué urgente es la conversión!**, y urgente también porque una mala concepción de la felicidad y un mal camino recorrido para la búsqueda de la felicidad nos afecta en la Iglesia más de lo que parece, porque en la Iglesia también tenemos que reconocer que muchas veces estamos vueltos hacia las cosas y hacia las criaturas.

Cuántas veces en la Iglesia estamos volcados en las cosas que hacemos por el Señor, en los medios para evangelizar y acabamos olvidándonos de Dios y de que la primera llamada que nos ha hecho es a estar con Él.

Cuando la Iglesia pierde como horizonte, como foco, como centro de la vida del cristiano la búsqueda de la unión con Dios, todo empieza a ir mal. Ahí aparece la crisis de las vocaciones vividas: cuánta gente se ha entregado generosamente al Señor y después de unos años experimenta cierto vacío y se da cuenta de que ha trabajado mucho, pero que ha dejado arrinconado al Señor, que apenas tiene tiempo para Él, ¡no puede ser así!

Dios es el centro de todo cristiano y la vida solo puede ir bien cuando la unión con Dios es el sentido de nuestra vida. La primera aspiración de nuestra vida tiene que ser la búsqueda de la unión con Dios y entonces todo lo demás vendrá por añadidura. Por lo tanto, ser **amigos de Dios**.

En la Iglesia también tenemos que aprender que las cosas no dependen sobre todo de lo que nosotros hacemos: eso es poner la libertad y la propia acción en el centro. No, no somos los protagonistas de la salvación, ¡no! Somos colaboradores del único Salvador y nuestra vida consiste en cooperar con el único que puede salvar, que es Jesucristo, nuestro Señor, y por eso tenemos que ser humildes y dóciles colaboradores con el único que salva.

Mirad, en la Iglesia nosotros no somos los que tenemos que controlar la difusión de la salvación, nosotros somos pobres siervos llamados a hacer lo que el Señor nos pide, no somos los que tenemos que controlar los frutos, no nos corresponde a nosotros eso, solo Dios conoce cuál es el fruto de nuestra vida.

Hoy [28 de octubre de 2007] 498 mártires españoles han sido beatificados: qué inmenso fruto en su vida y, ¿qué vieron ellos? Simplemente al final: vivieron consciente y libremente la ofrenda de su vida por Cristo y por la salvación de los hombres, por la edificación de la Iglesia, y el fruto de su entrega lo están viendo desde el cielo.

Nuestra vida tiene un fruto divino y solo Dios lo conoce; hemos de buscar la unión con el Señor y cooperar con Él, pero olvidándonos de controlar, de comprender, de querer valorar el fruto de nuestra vida, pues está en las manos de Dios. Por eso, la mayor colaboración que podemos tener para la edificación de la Iglesia, para la salvación de los hombres y para nuestra propia santificación es responder a la llamada del Dios feliz. Busca la unión con Dios, busca la felicidad que está en Dios, ponte en las manos de Dios que te busca, te llama y está cercano para hacerte feliz.

Esta vocación a la felicidad se ha cumplido plenamente en una persona. El evangelio de la felicidad ha sido acogido plenamente por una mujer, nuestra Madre la Virgen María, a la que Isabel proclamó **«feliz la que ha creído»**.

La Virgen hoy te proclama, te grita al corazón su propia bienaventuranza: **«feliz también tú si crees»**. Dios te quiere feliz y si te pones en sus manos y te decides por Él lo serás, la felicidad comenzará para ti en esta tierra.

Para concluir oramos con un texto de **san Agustín** (CIgC, 30):

«Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte... El hombre quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti»

(SAN AGUSTÍN, Confesiones 1, 1, 1).



Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 28 de octubre de 2007



PARA PROFUNDIZAR EN NUESTRA VIDA CRISTIANA

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal
y a la comprensión del texto:*

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu

Pídele que te ilumine y
te abra a la comprensión de la
Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para
captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en
este encuentro?



Oración

Respondo al Señor,
de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con
otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Eres consciente de la presencia que te habita?
- ✓ ¿Tienes la certeza de que para Dios eres único, única, o tienes dudas?
- ✓ ¿Podrías narrar algún hecho en el que has percibido el amor de Dios?
- ✓ ¿Crees que el secreto de la felicidad es cumplir la voluntad de Dios?
- ✓ ¿Presentas al Señor tus planes, proyectos antes de tomar decisiones?
- ✓ Si te ayuda puedes escribir tu propia reflexión sobre el tema.